

AUTORRETRATO DE GRUPO. ENTREVISTA A MERCEDES CABRERA CALVO SOTELO

Javier Muñoz Soro (UCM)



Mercedes Cabrera Calvo Sotelo, nacida en 1951, es catedrática de Historia del pensamiento y de los movimientos sociales y políticos. Su trayectoria investigadora ha seguido una línea coherente desde su primer estudio de los empresarios y patronos durante la Segunda República, publicado en 1983, hasta sus libros centrados en las biografías de Nicolás María de Urgoiti (1994), Juan March (2011), Jesús de Polanco (2015) y Rodrigo Uría (2018), es decir, de personas que mezclaron, en dosis muy distintas, poder económico e influencia política y mediática. Esta línea se ha completado con trabajos como el llevado a cabo junto a Fernando del Rey sobre *El poder de los empresarios* (2003), y con otra línea paralela pero muy cercana sobre la política de la

Restauración, entre otros con el libro colectivo *Con luz y taquígrafos* (1998). Sabemos que toda biografía es una reconstrucción narrativa que persigue coherencia y linealidad causal en vidas sobre las que confluyen emociones y sentimientos que se rigen por sus propias razones, así como factores y hechos que escapan a las reglas de la certidumbre. Supongo que sucede así también en la trayectoria de Mercedes Cabrera como investigadora, como profesora y como gestora política en sus años de ministra de Educación y Ciencia (luego de Política Social y Deporte) entre 2006 y 2009, en el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. La obra colectiva de homenaje Mercedes Cabrera. *La historia y la política* (2022) ofrece una multiplicidad de miradas sobre esa trayec-

toria, tanto de la historiadora como de la política, entre las que solo echo a faltar sus años de estudiante y joven profesora ayudante de la Facultad de Ciencias Políticas (y Económicas y Comerciales, desde 1971 de Sociología). De esa ausencia nace esta entrevista.

Para comenzar, ¿me puedes contar algo sobre tus orígenes familiares y tu formación escolar?

Mi padre era ingeniero y empresario, pero era también catedrático de la Escuela de Minas. De hecho, siempre decía que lo segundo era lo que más satisfacción le producía. Mi madre no trabajaba, era un ama de casa bastante peculiar porque le gustaba mucho escribir. Los dos habían tenido relación con la tradición pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza. Mi padre fue alumno del Instituto Escuela y mi madre fue profesora en el Colegio Estudio. Seguramente por eso yo fui alumna en el Colegio Estudio, lo cual quiere decir que tengo una formación vinculada a esa tradición, considerada como «liberal». Aparte de otras muchas peculiaridades pedagógicas, como la no utilización de libros de texto y una enseñanza muy interdisciplinar, en el colegio había coeducación, aunque estaba prohibida entonces. Cuando venía el inspector del Ministerio tenían que separarnos a los niños y a las niñas para pasar el control.

¿Cómo influyó esa formación en tu decisión de cursar la carrera de Ciencias Políticas?

Probablemente influyó, aunque yo no fuera consciente. Aunque la enseñanza en el colegio era muy liberal, sobre todo teniendo en cuenta el contexto de la España de los años 1950 y 1960, en la asignatura de Historia nunca llegábamos más allá del siglo XIX, pero sí recuerdo que leíamos y comentábamos noticias de los periódicos. Se fomentaba el diálogo, la discu-

sión. Pero, además, yo entonces veía mucho a los amigos de mi hermano mayor, que me lleva dos años, y que ya estaban en la universidad. La mayor parte de ellos participaban de manera bastante activa en las movilizaciones estudiantiles. De hecho, tengo un recuerdo —que a veces me entra la duda de si es verdad o no— de haber asistido al famoso concierto de Raimon en la Facultad de Económicas en 1968.

¿Por qué elegí Políticas? Pues por una mezcla de cuestiones. Quizá por un cierto interés por entender mejor la situación política del país, porque tenía la sensación de no saber lo suficiente. Y, por otro lado, una razón muchísimo más de andar por casa: el último día en que había que decidir dónde se matriculaba uno, yo estaba ya en la cola y tenía muy claro que no quería ir a Derecho, que era lo que mi padre habría preferido. Tampoco tenía muchas ganas de hacer Filosofía, y, habiendo estudiado Letras, las opciones, no eran muchas. Descubrí, pero casi sobre la marcha, que había una carrera que se llamaba Ciencias Políticas. Y me apunté, pero vamos, el último día y ante la ventanilla.

*¿Influyó en esa decisión tu origen familiar?
¿Cómo la recibió tu familia?*

Calvo-Sotelo era entonces un apellido muy sonoro, aunque en mi casa no solía hablarse de política. A la memoria de José Calvo Sotelo se iba a sumar el protagonismo durante la transición de Leopoldo Calvo Sotelo, hermano mayor de mi madre. Pero eso vino después. También vino después el nombre de Fernando Morán, marido de otra hermana de mi madre, militante este del PSOE y futuro ministro. Tardé tiempo también en saber qué significaba mi otro apellido: Cabrera. Blas Cabrera, hermano de mi abuelo, fue un físico de renombre, también de la tradición de la Institución Libre

de Enseñanza, que murió en el exilio. Yo tenía una familia «muy política», pero no fue ese el motivo de matricularme en Políticas. Lo hice más bien por casualidad y por curiosidad. Mi familia era liberal y abierta, pero el hecho de ser mujer le quitaba bastante importancia a lo que una estudiaba. Incluso en una familia como la mía se suponía que una mujer que hiciera una carrera universitaria estaba bien, pero no era tan determinante para su futuro como en el caso de un hombre. A lo largo de la carrera, a medida en que uno se metía inevitablemente en los conflictos políticos en aquellos años, la relación con mis padres y el hecho de haber elegido esta carrera se hizo un poco más difícil.

Tengo tres hermanos universitarios. Mi hermano mayor empezó la carrera de ingeniero de Caminos por aquello de que había que ser ingeniero. Aguantó dos años o tres, pero dejó Caminos y se matriculó en Biológicas. Mi otro hermano empezó Biológicas, aguantó dos o tres años, se fue e hizo Filosofía. Una especie de «degradación» en relación con las expectativas, digamos, de una familia como la mía. Mi hermana estudió Económicas, o sea los cuatro fuimos universitarios.

¿Y cómo recuerdas la entrada en la Facultad?

Pasar de un colegio, aunque fuera el colegio al que yo fui, a la universidad, en aquel momento era un salto brutal. Más en una Facultad como la mía. Desde el 68 en que empecé hasta que terminé cinco años más tarde, un curso regular con sus clases seguidas, sus exámenes a tiempo y la Facultad abierta todo el curso... era lo menos habitual. Es decir, lo más habitual eran las clases interrumpidas, las asambleas, por supuesto prohibidas, las suspensiones de clases e incluso huelgas, con los policías entrando a caballo al campus. Tuve la sensación de haber entrado en un mundo radicalmente distinto.

Me acuerdo de la primera asamblea a la que asistí como alumna, el primer año. En la mesa donde se sentaban los que presidían la asamblea, de los cuatro o cinco, tres eran del Colegio Estudio. Quizá porque en el colegio ya existía una cosa que se llamaba Asociación de Alumnos donde elegíamos delegado de clase, secretario, tesorero, hacíamos reuniones y debates abiertos, nos enseñaban a hablar en público y digo yo que aquello era una herramienta, que cuando pasabas a la universidad y te metías en estas cuestiones te daban una cierta preparación. Cuando empecé, la Facultad de Políticas estaba unida a la de Económicas, y estaba entre las más conflictivas. En el segundo curso nos separaron y a Políticas nos mandaron al otro lado de la carretera de La Coruña, a un edificio construido por el arquitecto Miguel Fisac, no pensado para albergar una Facultad. Hoy es la Facultad de Estadística.

Allí encontraste profesores como José Antonio Maravall, Luis Díez del Corral o Luis García de Valdeavellano, ¿cómo te influyeron?

Visto retrospectivamente, tengo que reconocer que aquella Facultad contaba con unos profesores magníficos, a los que quizás no supimos apreciar. José Antonio Maravall fue uno de ellos, aunque no tuve clase con él. Daba clase de Historia del Pensamiento Político y yo la hice con uno de sus ayudantes, Antonio Elorza. Por suerte, sí tuve clase con Maravall cuando hice los cursos de doctorado. Era una persona extremadamente generosa, a la que podías acudir con cualquier problema y que te abría caminos.

En el caso de Díez del Corral, mi experiencia fue muy distinta, porque con él sí tuve clase en segundo, aunque por poco tiempo. En ese curso estaba la asignatura de Historia de las Ideas, con el famoso Sabine como libro

de referencia (el manual de George H. Sabine, *Historia de la Teoría Política*). En ese momento, Historia de las Ideas era la asignatura «hueso» de la carrera. Pero aquel año los estudiantes organizaron un «juicio crítico» contra él. No recuerdo ni cómo se planteó ni exactamente cómo fueron las intervenciones, pero tengo su imagen en mi memoria: no exactamente enfadado, sino desconcertado, sin entender qué es lo que estaba pasando. Era uno de los catedráticos liberales, pero se le echó en cara su escaso compromiso político. Fue un trauma y dejó de dar clase. Entonces sus ayudantes eran José Álvarez Junco, Carmen Iglesias, Juan Trías Vejarano y Ángel Facio (luego actor y dramaturgo, fundador de Los Goliardos).

A García de Valdeavellano lo recuerdo como un profesor muy mayor. Ahora me paro a pensar cuántos años tendría entonces. A mí me recordaba a algunos de mis profesores del colegio. Intuí que pertenecía a esa tradición liberal pedagógica. Lo recuerdo sentado dando unas clases interminables, en un tono pausado. Estupendas, eh ¡si te gustaba, claro! Aprendí mucho sobre periodos de nuestra historia que ya conocía, porque eran los mismos que había visto en el colegio, pero desde una perspectiva muy distinta.

También había profesores más relevantes en la política del régimen de aquellos años, sobre todo por su trabajo en el Instituto de Estudios Políticos, como Manuel Fraga o Carlos Ollero.

Manuel Fraga no fue mi profesor, pero recuerdo perfectamente su vuelta a las aulas después de su paso por el Ministerio. Todos fuimos o intentamos ir a su primera clase en la Facultad. Entró entre dos filas de «grises» (policías) y con un ayudante muy serio llevándole la cartera. Pero a los que no éramos alumnos suyos nos echaron de allí. También tengo una

imagen clarísima de Carlos Ollero todavía como decano de la Facultad, cuando un capitán de los «grises» le cogió por las solapas y lo levantó del suelo —Ollero era pequeñito—, porque había protestado por teléfono contra la actuación de la policía, o algo por el estilo. Era un decano muy próximo a los estudiantes. Una vez irrumpimos en su despacho y estaba llamando por teléfono para interesarse, porque habían detenido a varios alumnos de la Facultad. Entonces tenía una cierta importancia tener al decano de tu lado o no.

¿Y los jóvenes ayudantes de cátedra, los Profesores No Numerarios (PNN)?

Los ayudantes, los PNNs, eran mucho más asequibles. Los estudiantes nos acercábamos a ellos de una manera radicalmente distinta, los sentíamos más cercanos. Me acuerdo de Ángel Facio, bajando las escaleras con sus pañuelos de colorines, un año que hubo huelga de exámenes. Aquella Facultad era una raterona. No había otra manera de salir de allí más que por la puerta de arriba, cerrada a cal y canto por la policía. También recuerdo a Carlos Moya, que nos dio clase en primero. Los alumnos mayores nos habían montado una novatada haciéndose pasar uno de ellos por el profesor, tomándonos el pelo hasta que nos dimos cuenta. A la hora siguiente entró Carlos Moya y lo echamos, claro. Pensábamos que seguía la novatada. Era muy joven, e iba fumándose los pitillos que teníamos todos encima de las mesas.

Respecto a tus compañeras y compañeros de curso, supongo que era casi inevitable entrar en la movilización política de la Facultad en esos últimos años de la dictadura.

Había compañeros que ya militaban en partidos clandestinos, sobre todo en el Partido

Comunista. Recuerdo a Elena Mullor y a su hermano Ángel Mullor, que era un líder estudiantil bastante conocido, aunque no era de nuestra Facultad. Yo estaba en ese grupo, era algo así como «compañera de viaje» del PCE, aunque nunca me afilié. Teníamos a la policía instalada dentro de la Facultad y había que entrar con el DNI en la boca. Yo tenía un DNI que era mano de santo, porque ponía Calvo-Sotelo, y ante semejante apellido normalmente la policía me dejaba pasar sin problemas. Eso quiere decir que he metido en la Facultad muchísimos panfletos, por supuesto con el miedo en el cuerpo. Los comunistas eran entonces los *revis*, los revisionistas, como los llamaban los *troskos*, los *chinos* y todas las variantes posibles de la nueva izquierda que proliferaban en la Facultad. Eran más sugerentes, porque los *revis* eran un poquito grises, sistemáticos y concienciados, sí, pero más aburridos. Pero los grupúsculos a su izquierda resultaban a la postre más duros. Era la época de «si tú eres de izquierdas tienes que hacer tal cosa o tal otra», todo el paquete iba junto y no tenías mucha capacidad de maniobra para negarte. Por ejemplo, con el tema de la liberación sexual. Lo recuerdo como algo un tanto traumático.

Si tuviera que hacer un juicio global de los años de estudiante en la Facultad, el comentario global es que fue una época dura. Es verdad que tenía los años que tenía, que lo pasabas bien, que estabas aprendiendo, que te estabas enterando de todo y se abría un mundo ante ti, pero todo de una manera poco placentera. Tener que entrar en una Facultad con la policía en la puerta y enseñando el carné de identidad al final se hacía normal, pero no lo era. Cuando oías que había habido detenciones y que te podía tocar, que quizás no deberías dormir en casa, a mí ni se me pasaba por la cabeza contarles nada de eso a mis padres.

Mi única preocupación al final era que tenía que llegar a casa a las diez, porque si no tenía que explicar lo que estaba pasando. Yo no tuve nunca ningún problema, pero pasabas miedo. Recuerdo haber ido a «comandos», a «saltos» en la calle, y haber cometido el error de volver al lugar donde habían ocurrido. Siempre te decían que no había que hacerlo hasta que no estuvieras seguro de que no pasaba nada. Pero una vez volví y entonces me paró la policía, iba con un compañero, y sacaron una pistola. O eso recuerdo. Al final no nos detuvieron, creo que mi DNI fue el motivo.

¿Cómo se estudiaba la historia reciente de España?

Tengo que reconocer que aprendí por primera vez historia contemporánea de España en 4º, en la asignatura de Historia del Pensamiento, con Antonio Elorza. De una manera, además, para mí absolutamente nueva, deslumbrante. En ese momento me dije: he acertado con esta carrera que estoy haciendo. Más todavía cuando Elorza se me acercó después de un examen parcial y me dijo: «Has hecho un examen parcial que está muy bien. A lo mejor te interesaría colaborar conmigo». Todavía sin acabar la carrera empecé a trabajar con él en alguna investigación, una sobre la evolución de la prensa en el siglo XIX. Luego vinieron otras, y descubrí que me gustaba, no solamente me gustaba la historia de España, que estaba conociendo, sino que me gustaba investigar y que cuando terminara la carrera quería dedicarme a eso.

La entrada profesional no fue fácil. De hecho, mi primer contrato de ayudante fue con Paulino Garagorri, un contrato que firmé con la universidad a cambio de 1.500 pesetas al año para dar clases de Filosofía política. Ya al año siguiente conseguí entrar en el departamen-

to de Historia, aunque la importancia de los departamentos vino bastante después, porque entonces lo que importaban eran las cátedras.

Cuéntame algo sobre la elección de tu tema de tesis, porque no dejaba de ser algo excepcional entre las preferencias intelectuales de los jóvenes estudiantes politizados.

Mi tema de tesis me lo sugirió Antonio Elorza, que fue mi director. Casi todos teníamos entonces un interés fijo: la República, la Guerra Civil. Elorza me sugirió un tema relacionado con eso, pero desde una perspectiva que no era la habitual: el papel de los empresarios y patronos en la Segunda República. La idea, el punto de partida era la búsqueda de los responsables en última instancia de lo que había ocurrido, y los responsables, desde un punto de vista marxista, eran los empresarios y los patronos. Pocos se habían parado a estudiar «a los malos», porque todo el mundo estudiaba a «los buenos», el movimiento obrero y la izquierda. No me arrepiento en absoluto, descubrí un mundo bastante más complejo de lo que suponía.

Antonio Elorza me sugirió que pidiera una beca para hacer la tesis y que la pidiera con Miguel Artola, que estaba en la Universidad Autónoma. Pensaba con razón que con él tenía más posibilidades de conseguirla. Así, quien estuvo más encima en la elaboración de la tesis fue Artola, porque estuve becada con él el tiempo que duró la investigación. La acabé en 1977, si no recuerdo mal. Cinco años de carrera y cuatro años dedicados a la tesis. Me levantaba por la mañana, iba a la hemeroteca que estaba entonces en la plaza de la Villa, comía por allí y volvía. Había días que no hablaba con nadie, es decir, dedicada casi exclusivamente a la investigación.

¿Fue durante tus años de profesora PNN cuando te acercaste al PSOE?

En aquellos años entrabas como profesora muy joven, como PNN, en condiciones económicas muy precarias, aunque sin esperar tantos años como ahora. Entrabas en un colectivo profesionalmente muy precarizado, y, en mi caso, al mismo tiempo muy politizado. De manera que seguías tu activismo político participando en el movimiento de los PNN, un movimiento que protestaba contra su precariedad y contra la rigidez y el clientelismo de las «cátedras». Un movimiento que, quizás se nos ha olvidado, era contrario a la funcionarización del profesorado universitario. Recuerdo haber conocido entonces en una concentración a Javier Solana. Aunque mayor que yo, también formaba parte de la tradición del Colegio Estudio y de la Institución Libre de Enseñanza. Era físico y había conocido a Nicolás Cabrera, hijo de Blas y profesor en la Universidad Autónoma.

Entonces sí me movía más en el entorno del Partido Socialista, que estaba apareciendo, porque mientras era estudiante no existía en la universidad. Estábamos ya en plena transición a la democracia. Con Enrique Moral Sandoval fui muchas veces a casa de Luis Gómez Llorente, por entonces una de las personas más conocidas del PSOE. No conocí hasta un tiempo después a José María Maravall, aunque fue la primera persona a la que llamé cuando, muchos años más tarde, me nombraron ministra de Educación. Le pedí que viniera al Ministerio y que me contara lo que recordaba de su época, unos años de grandes reformas educativas y también de grandes movilizaciones. Pero tras entrar como ayudante, mi círculo de amistades se había ampliado, más allá de la Facultad, gracias a quien sería mi marido, Alfredo Deaño, que estaba en la Universidad Au-

tónoma, en el departamento de Carlos París, y también en la editorial Alianza y en *El País*. Murió muy joven, en 1978, pero me dejó en herencia la amistad con Javier Pradera, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte, Santos Juliá o con Fernando Claudín. Tenía con ellos mucho más trato que con los compañeros de la Facultad.

Algunos de ese grupo pasamos a militar en el PSOE después del 23F (1981) No todos lo hicieron, porque lo habíamos decidido en plan testimonial, como reacción al golpe. Aunque asistí a alguna reunión de la agrupación que me tocaba, mi afiliación formal no duró mucho tiempo, aunque seguí colaborando en alguna cosa, como el equipo de trabajo que redactó el Programa 2000. No militaba en el PSOE, pero sí estaba vinculada de distintas maneras con gentes cercanas al partido, en lugares de debate, por ejemplo, como la Fundación Pablo Iglesias que dirigía Fernando Claudín.

Mientras tanto, ¿cómo cambiaba la universidad, en aquel momento de transición, en tantos aspectos?

La universidad española cambió de manera radical como consecuencia de la masificación y de las reformas que trajo la vuelta de la autonomía universitaria que, entre otros muchos cambios, convertía a los departamentos en la base de su organización, frente a las cátedras del pasado. En nuestro caso, jubilados los grandes maestros como Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, quedaron los que habían sido sus ayudantes, Antonio Elorza, José Álvarez Junco o Carmen Iglesias. Antonio Elorza se convirtió en director del departamento. Seguramente era una organización más participativa, pero la vida interna del departamento se volvió muy tensa, y al cabo de los años el departamento se dividió. La desaparición de los grandes *popes* y la de-

mocratización a través de los departamentos no implicó la desaparición de las tensiones. Al menos es mi recuerdo de aquellos años.

Con el alumnado había bastante cercanía, al menos los profesores más jóvenes nos hacíamos esa ilusión. Había una cierta complicidad y, aunque era una generación posterior, muchas referencias todavía eran las mismas en los años ochenta. Más tarde, todo cambió mucho.

Háblame de cómo fue el salto desde la Facultad al Ministerio de Educación en 2006

Como diputada y ministra, me acordé muchas veces de las cosas que yo explicaba en clase, convencida de lo que estaba diciendo, pero vivir la política en directo era otra cosa. Mi acercamiento a la política hasta entonces había sido académico, analítico. Ahora era otra cosa. Tampoco podías dedicarte mucho rato a pensar. Había que estar en el día a día. Solo mucho más tarde he podido hacer un ejercicio más interpretativo de lo que me había pasado. A mí me tocó aplicar la Ley General de Educación, es decir, no universitaria, que había aprobado María Jesús San Segundo, y me tocaba también hacer una ley para la universidad. De lo primero recuerdo la enorme complejidad del desarrollo reglamentario de la ley, de las enormes dificultades para explicar ante la opinión pública lo que estábamos haciendo, porque todo quedaba sepultado por lo que se convirtió en motivo de movilizaciones masivas en su contra: la asignatura de educación para la ciudadanía.

En relación con la universidad, decidimos – porque en realidad en un ministerio todas las decisiones son colectivas con los secretarios de Estado, el gabinete, los asesores, etcétera– hacer una reforma de la ley y no una nueva, como se había prometido en campaña por las

movilizaciones que había habido contra la ley del Partido Popular. Queríamos evitar que las universidades tuvieran que afrontar un nuevo «proceso constituyente». Intentamos hacer la reforma que creíamos necesaria para el objetivo prioritario en ese momento, que era entrar en el Espacio Europeo de Educación Superior, eso que empezó a llamarse «Bolonia». Pero para eso hacían falta cambios relevantes, entre ellos definir los ciclos de grado y máster, o las titulaciones para hacerlas compatibles con las europeas, tratando de no interrumpir todo lo demás.

La aplicación del plan Bolonia provocó una importante movilización.

Aunque intentes tocar lo mínimo, lo imprescindible pero lo mínimo, al final todo el mundo se siente afectado. Respecto a las titulaciones, quitamos el registro oficial para que cada universidad decidiera qué títulos quería impartir y que pasaran solamente el filtro de calidad de la ANECA. Es decir, queríamos flexibilizar, dar más autonomía a las universidades. Pero muchos creyeron que aquello suponía una amenaza para la continuidad de sus titulaciones tradicionales. Y, por otro lado, aunque los rectores reclamaban más autonomía, no siempre estaban dispuestos a asumir la responsabilidad que eso conllevaba. Cuando llegaban los problemas, era más fácil seguir remitiendo esa responsabilidad al ministerio.

Hubo muchas reuniones con la CRUE (Conferencia de Rectores), con los cuerpos del profesorado, con las asociaciones de estudiantes... Fue muy complicado y sobre todo siempre tuve la sensación de que nunca pudimos explicar lo que habíamos hecho y por qué. Saltó el sambenito de Bolonia. No hubo manera de explicar, por ejemplo, lo de establecer los nuevos ciclos, priorizando el «cuatro más uno»

en lugar del «tres más dos». Teníamos nuestras razones, pero se oían más las de quienes decían que con esa decisión nos separábamos de lo que ocurría en Europa. Nuestras razones eran fundamentalmente dos: por un lado, que el «cuatro más uno» obligaba a las universidades a repensar sus planes de estudio, porque queríamos evitar la solución más cómoda de que simplemente convertir el primer ciclo en el grado, y el segundo ciclo en máster. Al mismo tiempo, creíamos que tal y como funcionaba el mercado laboral en España un título de grado de tres años no iba a tener reconocimiento suficiente, y eso iba a obligar a los estudiantes a hacer un máster. Y, además, el precio de la matrícula en uno y otro era muy diferente.

Es muy difícil que lo que estás haciendo se conozca realmente y se discuta sobre la base de lo real y no de suposiciones. Siempre está ahí el filtro de los intereses afectados, y el de los medios de comunicación, que, salvo honrosas excepciones, buscan lo más sensacionalista, lo más conflictivo. Es muy difícil mandar mensajes claros acerca de lo que estás haciendo, cuando la realidad es compleja. Esa fue mi experiencia. También llegué a la conclusión de que en España tendemos a magnificar el impacto de una nueva ley para solucionar problemas que necesitan acuerdos, transacciones y mucho diálogo. Máxime en materias en las que las competencias están delegadas en las Comunidades Autónomas, que son las que de hecho aplican la ley, aunque de la responsabilidad se acuse a la ley y al Ministerio. También es cierto que, precisamente en un Ministerio con competencias delegadas, el ministro o ministra tienen poco margen de actuación, como no sea hacer una ley que, además, le permita pasar a la historia.

Has escrito las biografías de Nicolás María de Urgoiti, Juan March, Jesús de Polanco y Rodrigo

Uría, ¿cómo consideras que se debe abordar metodológicamente una biografía, un género historiográfico tan complicado, a medio camino entre la explicación y la narración, lo privado y lo público, la economía y la política, la casualidad y la causalidad, eso que se llaman las «trampas del yo»?

La primera vez que escribí una biografía, la de Nicolás María de Urgoiti, un empresario papelerero fundador de un gran periódico, *El Sol*, en 1917, mi acercamiento a ese género fue, digámoslo así, intuitivo. Fue fruto de la iniciativa de la familia, que puso a disposición de Antonio Elorza y el equipo que él formó un archivo personal riquísimo. Gracias a eso, pude reconstruir una biografía apasionante, en la que intenté conciliar la personalidad de Urgoiti con su iniciativa empresarial y su papel público, en el contexto histórico que vivió. En resumen, combiné la narración con el análisis histórico. No es tan frecuente disponer de un archivo como aquel, que permita ese acercamiento. Las otras biografías que he escrito han tratado de hacer lo mismo, aunque se refieren a personajes muy dispares entre sí, y las fuentes manejadas son muy diferentes.

En el caso de Juan March, carente de archivo personal, junto a la prensa de la época y otras muchas referencias bibliográficas, como la existente sobre los grandes *tycoons* o magnates americanos, las fuentes judiciales fueron fundamentales. Con Jesús Polanco y Rodrigo Uría me acerqué más a la historia del presente. Pude manejar fuentes de carácter personal, pero en el caso de Polanco, presidente del grupo multimediático PRISA, fueron importantes también las actas de sus empresas, de *El País* o la *SER*, y el seguimiento en la prensa de un personaje que levantó grandes controversias públicas. El caso de Rodrigo Uría, fundador de uno de los grandes despachos de abogados

de este país, en el que solo muy parcialmente utilicé fuentes personales o empresariales, fueron muy importantes las entrevistas con quienes le conocieron y trabajaron con él.

¿Qué tuvieron en común esos hombres, cuyas biografías abarcan la historia del siglo XX español?

Si hay algo común entre todas esas biografías es que tratan de personajes con poder, que combinaron una importante labor privada empresarial con una no menos importante proyección pública, en circunstancias históricas muy diferentes: la larga crisis política de la primera mitad del siglo XX, en el caso de Urgoiti y March; la larga segunda mitad de ese siglo, de la dictadura franquista a la transición democrática. Mi propósito ha sido acercarme a ellos tratando de mostrar cómo fueron, su personalidad y su capacidad de iniciativa, y por supuesto de presentar el impacto público de su actividad, todo ello en un contexto histórico que lo explica y condiciona. Efectivamente, una complicada relación entre la economía y la política, lo privado y lo público, la casualidad y la causalidad... Creo que las biografías, además de un espacio propicio a la narración, son un campo especialmente indicado para ello.